

www.elboomeran.com

MALCOLM LOWRY

RUMBO
AL MAR BLANCO

TRADUCCIÓN DE IGNACIO VILLARO

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

NOTA EDITORIAL

A principios de los años cuarenta, tras una vida errante, azarosa y a veces grotesca, Malcolm Lowry se instaló en una cabaña de la Columbia Británica con su segunda mujer, la exactriz norteamericana Margerie Bonner. Fue una época de relativa calma entre las turbulencias mexicanas y el periplo autodestructivo que lo llevaría de vuelta a Inglaterra y más tarde a la tumba. La vivienda era espartana y los recursos escasos, pero allí, frente al oleaje del Pacífico, el escritor trabajó y bebió sin descanso. Allí logró convertir sus muchos demonios en la ficción endiablada que lo subió a los altares literarios del siglo xx.

Un incendio destruyó la guarida el 7 de junio de 1944. Mientras su marido pedía ayuda a los vecinos, Margerie se adentró heroicamente entre las llamas y logró rescatar el manuscrito de *Bajo el volcán*. Lowry se arrojó después a la hoguera en un intento desesperado de salvar una novela que lo ocupaba de forma intermitente desde 1931. Según cuenta su biógrafo Gordon Bowker, tuvieron que arrastrarlo hasta el exterior cuando una viga le cayó sobre la espalda. De las mil hojas que acumulaba aquella obra en marcha solo quedaron unos pocos papeles chamuscados: *In Ballast to the White Sea** era un montón de ceniza. Yvonne, síntesis casi alegórica de las dos mujeres que más padecieron el amor, el odio y las homéricas borracheras del novelista, evoca el dramático episodio en el capítulo XI de *Bajo el volcán*: «Su libro ardía, las páginas ardían, ardían, ardían, levantábanse del fuego en torbellinos y esparcíanse incandescentes a lo largo de la playa».**

* Literalmente «en lastre hacia el Mar Blanco». Se dice que un barco navega en lastre cuando no transporta mercancías y solo lleva el material necesario (bolsas de arena, por ejemplo) para mantener la estabilidad.

** Traducción de Raúl Ortiz y Ortiz (Era, México, 1964).

La pérdida del texto fue una de las heridas que atormentaron a Lowry hasta su muerte. En numerosas cartas aludiría a la gran empresa malograda, al dolor de un proyecto fatalmente devorado por el fuego o, tal vez, por su ingrato destino. Incluso en mayo de 1957, un mes antes del sórdido final, le escribió al poeta canadiense Ralph Gustafson para lamentar la amputación de una trilogía análoga a la *Divina Comedia* en su estructura ascendente: un largo viaje desde el infierno volcánico hasta el paraíso del Mar Blanco.* Esa trilogía, de hecho, llevaba por nombre *El viaje interminable*, pero el dante dipsómano solo pudo volver la vista a un cielo desvanecido.

¿Totalmente desvanecido? ¿Humo y pavesas? La realidad, como suele ocurrir con el protagonista de esta nota, es algo más sinuosa (por no decir rocambolesca). En 1936, poco antes de partir hacia México con su primera esposa, Jan Gabriel (a quien, por cierto, había conocido en Granada), Lowry depositó una copia de *Mar Blanco* en la casa neoyorquina de su suegra. Allí durmió el papel carbón durante cuatro décadas sin que nadie osara turbar su inexplicable reposo. Tras el fallecimiento de Margerie en 1988, Jan sacó la novela del armario y preparó una transcripción mecanográfica donde introdujo algunos cambios poco significativos para el lector y quizá necesarios para ella. Esa es la versión que llegó a los archivos de la New York Public Library y que, debidamente revisada, sirve de base a este volumen. Todo indica que las disputas de las dos viudas por el legado de un autor ya mítico contribuyeron a sostener la fábula de la obra maestra irremediadamente perdida.

¿Eran sinceras sus quejas epistolares? ¿Olvidó Malcolm Lowry la existencia de la copia alojada en Nueva York? Aunque no es imposible que así fuera, muchos lo consideran improbable: un olvido de esa magnitud rozaría el territorio de la amnesia. Tal

* Según parece, el purgatorio correspondería a su paso por el *Bellevue Psychiatric Hospital* de Nueva York en 1936, experiencia que inspiró el relato inacabado *Lunar Caustic* (publicado por Margerie en 1963). Se ha traducido al castellano con el título de *Piedra infernal* (Tusquets, Barcelona, 2009).

vez decidió no recordar un hecho que lo ponía en la ardua tesitura de enmendar su suerte. Tal vez entendió que su suerte no tenía enmienda. Lo cierto es que tras el incendio de 1944 nunca intentó reconstruir una novela que fue idealizando (o sublimando) con el paso del tiempo hasta elevarla a la categoría de leyenda y emblema de sus variadas desdichas. Parece verosímil que, abrumado por la perspectiva de una tarea descomunal, prefriese incorporar esa pérdida a la épica de sus heridas y frustraciones.

La importancia de *Mar Blanco* para su autor es a todas luces incuestionable, tanto como su singularidad en la historia literaria del siglo xx y, desde luego, en la historia universal de las obras póstumas. Se trata, sí, de una narración en busca de desenlace, pero su extraordinario valor ya fue apreciado por quienes tuvieron la oportunidad de examinarla en alguna de sus fases. El poeta Conrad Aiken, mentor y rival de Lowry, escribió esto durante una visita a Cuernavaca en mayo de 1937: «Estoy leyendo la novela de Malcolm [...]; es extraña, profunda, laberíntica, increíblemente jugosa. ¡Dios, vaya genio! ¡Qué maravilla! [...] ¡Qué delicia sumergirse en su extraordinaria belleza, en la densidad táctil de su prosa!». La presente edición coincide en lo fundamental con el texto leído entonces por Aiken.

El interminable viaje de Malcolm Lowry concluyó en la campaña inglesa el 26 de junio de 1957 gracias a un formidable cóctel de alcohol y barbitúricos aún hoy oscurecido por la sospecha (algunos opinan que Margerie no fue ajena al accidente). Ahora, sesenta años después, el cielo de su humanísima comedia ve por fin la luz en castellano.

led through a fire
to a clearing, then he led
watched the Unsgard, sniffing
wood, the wood of good trees, wa
warmth and goodness of fire. Fern
at her, his own purpose would be
away from it he would see it, l
as moulded, as iron; he would
now he had hours, hours more
ever still

RUMBO AL MAR BLANCO

A Jan Gabriel

Quizá siempre desandemos con nocturnidad el trecho que fatigosamente hemos ganado bajo el sol del verano.

RILKE

Los dos universitarios contemplaban la vieja ciudad inglesa desde lo alto de Castle Hill. Subidos al montículo de hierba que hay frente a la prisión, hasta los tejados más altos de Cambridge quedaban a sus pies; las calles presentaban un aspecto impoluto y desértico a la luz vespertina del invierno mientras una neblina solar se derramaba en cascadas hasta la lejanía entre muros, torres y terrazas. Desde la estación, que nunca reposaba, un viento bronco les llevaba el fragor de las locomotoras cuando estas arrancaban para cambiar de vía los somnolientos vagones; de cuando en cuando, sin embargo, cesaba el estrépito ferroviario dando paso a las voces de los remeros en el río o al cañonazo del tráfico, que subía de volumen con la misma presteza con que los otros ruidos se apagaban. A oídos de los hermanos llegaban los gritos de ánimo de un partido de fútbol o el súbito bullicio de las zanfoñas en la explanada de la feria: pero estos cúmulos de sonidos, cada uno un hola y un adiós procedente de su propia objetividad, se desvanecían casi al tomar cuerpo, como el gruñido de los aviones que velozmente se disipa hasta convertirse en un suspiro dentro del vendaval.

De pie junto al poste que señalaba el lugar del último ahorcamiento en el montículo, con el pelo clarísimo al aire, tenían los ojos brillantes por el sol y el viento aunque la desesperación les pisara los talones, y como dos náufragos en una balsa se los protegían contra alguna esperanza que se esfumaba ante un mundo plano, mientras a su alrededor rompía el oleaje y los ro-

ciaba no de mar, sino de polvo y paja. Para Sigbjørn, el más joven, el sollozo del viento en torno a la prisión sonaba igual que el viento en las jarcias de un barco; le parecía escuchar en el aire los hilos telegráficos repitiendo el lamento fúnebre de la antena de radio en la Bahía de Bengala,¹ y el golpeteo de algún postigo flojo bien habría podido ser el crujido de las tracas de un barco que se bamboleara en una fuerte marejada; pero, si bien volvía a sentir esa particular angustia del mar, él, que había sido marino, detectaba también dentro de sí, por primera vez en varias semanas ahora que Tor había vuelto de una breve estancia en Londres, el cisma que los separaba y, con cierto narcisismo, el ir y venir de la marea de los muy diversos sentimientos del otro.

Y es que entre estos dos hermanos había una marcada disparidad alquímica. De hecho, desde el accidente que habían sufrido durante su infancia en Noruega nunca se habían sentido tan próximos en espíritu como ahora. Hacía solo seis semanas que el *Thorstein*, uno de los barcos de su padre, se había hundido frente a las costas de Montserrat² con gran pérdida de vidas humanas. Desde aquel momento, durante el transcurso de la investigación y el consiguiente oprobio público, habían sido inseparables pese a sus diferencias previas. Se unieron en mutua defensa. Se firmó un armisticio que puso fin a las hostilidades espirituales entre ellos. Admitieron de una vez aquello que hasta entonces habían objetado en vano, juntos o enfrentados: la íntima soledad de un entorno al que ninguna familiaridad con los demás estudiantes, con la lengua inglesa, con la llana campiña (a la que sus corazones, habituados a las cordilleras y torrentes de Noruega, habían tenido que plegarse), con la vida o con el clima lograba restar ni un ápice de su carácter permanentemente ajeno. Sin embargo, esta cualidad común a ambos

¹ Lowry afirmaba que su abuelo materno, capitán de la marina noruega, había muerto heroicamente en la Bahía de Bengala cuando pidió a una cañonera inglesa que hundiera su propio barco porque entre la tripulación se había propagado el cólera.

² Una de las Islas de Barlovento en las Pequeñas Antillas.

y que los separaba del grueso de los estudiantes no era algo inherente a su condición de extranjeros. Surgía más bien de una incapacidad para tomar contacto de primera mano con la vida, por más que esa conexión fuera su deseo máspreciado: era más bien que a cada uno la existencia del otro le había desplazado un puesto respecto a la vida, como si el cuerpo de cada hermano estuviera atravesado en la abertura de la caverna del yo en la que el otro se hallaba preso, obstruyendo el paso de la luz y, sí, de la existencia misma.

Cada trimestre, el tren que los llevaba de Liverpool a Cambridge recogía a más estudiantes por el camino. Había largas esperas en el andén. Y sus dos blancas cabezas descubiertas, en medio de los cabellos castaños claros de los ingleses que esperaban junto a ellos, podrían resultar vistas desde fuera tan extravagantes como un par de gorriones blancos aguardando entre sus pardos congéneres la señal de la migración estival. Ese año habían permanecido de pie en el pasillo entre Lincoln y Ely, demasiado tímidos para sentarse, aunque en su común aflicción se les antojaba un descanso. Y así habían aguantado juntos todo el curso, descuidando su trabajo: en días alternos, cada uno recorría los tres kilómetros que separaban sus habitaciones; toda su pasada indignación con el otro se fundía en esta fidelidad, triste pero cálida. Pero ahora, como el mar tira del alma misma de los barcos hermanos atracados en el puerto, o como la luna atrae las desconsoladas mareas gemelas del día desde la orilla hacia sí, un magnetismo dual parecía arrastrar a estos hermanos hacia polos separados de su destino oceánico.

O bien era como si cada uno debiera hacer frente al mundo por separado de nuevo, con la sangre fría de un niño que da sus primeros pasos solo. ¿Quién sabe quién le protege? ¿Qué peligros acechan a esa cabeza rubia en esos primeros pasos temblorosos?

—Sabe Dios —le confió Tor— que aún hay algo que me da miedo; ya sabes lo que decía Dostoievski: algo que no concibo, que no existe, pero que se alza ante mí como un hecho horrible, grotesco, irrefutable.

—Quizá sea el diluvio, ¿quién sabe? —dijo Sigbjørn, y se rio por primera vez en todo el curso—. O Dante. ¡El trabajo ese de italiano!

En aquel momento, un objeto engendrado (Sigbjørn no pudo evitar después la sospecha) por una maldad perversa, perversa no tanto por lo que no divulgaba como por lo que sí, y que entonces reconoció como un periódico, se había desprendido de un seto situado algo más abajo y volaba hacia ellos. Tor lo interceptó distraídamente con su bastón y el pie, y se inclinó a mirar las embarradas columnas. Sigbjørn, junto a él, leyó por encima de su hombro.

ERUPCIÓN DEL MONTE ARARAT.³ MILES DE PERSONAS HUYEN PRESAS DEL PÁNICO.

Entonces, como liberados a la vez de la tensión y la vergüenza de las últimas semanas, los dos jóvenes prorrumpieron en una risa convulsa y, mientras reían, a Sigbjørn le vino a la cabeza la imagen de dos barcos que, tras haber soltado las amarras del muelle, encontraban súbitamente bloqueado su paso para salir por la dársena.

—Así que ahora ya no quedará ningún sitio al que ir.

—A no ser que Dante esté totalmente equivocado.

—¡Nos podemos fiar del viejo canalla!

—Pero el «Infierno» es un juego de niños comparado con lo que tienen que pasar los estudiantes en los *trijos*⁴ de inglés...

—Sí, Tor, ¿adónde iremos ahora en esa arca tuya que siempre hablas de construir?

—Lo único que voy a tener en común ahora con Noé es que a lo mejor me emborracho.⁵ Pero, no, en serio, no es solo eso; no es solo el miedo al examen...

³ Monte donde quedó varada el arca de Noé al retirarse las aguas del Diluvio.

⁴ Exámenes de licenciatura en Cambridge; así llamados, según parece, porque en otro tiempo los alumnos debían leer sus trabajos sentados en un taburete de tres patas.

⁵ Noé celebró la nueva alianza con Dios plantando una viña. Más tarde se emborrachó con su vino y maldijo a su hijo Cam por haberlo visto ebrio y desnudo.

Sigbjørn miró el poste plantado en medio del antiguo patíbulo. Y por un momento tuvo la sensación de pesadilla de que el cerro donde estaban era en realidad el mismísimo monte Ararat. ¿Para qué hacer ningún viaje? Pero si eso fuera cierto, si podía darse crédito al periódico, aquel era un lugar peligroso. ¿Acaso no había entrado en erupción sin que ellos se enteraran? Exclamó:

— ¡Piensa en otra cosa, en el último hombre que ahorcaron sobre este cerro, piensa en lo que debió de sufrir! ¡Hace veintidós años! Casi cuando nacimos —continuó Sigbjørn—, pero hay sitios aún más tristes que este.

Tor, sin embargo, seguía dándole vueltas a su chiste sobre el monte Ararat.

— El andén de la estación, por ejemplo, es un sitio más triste que este —insistió Sigbjørn al llegar de allí un rugido que se fue con la misma rapidez con que había venido.

— Sí, el andén de la estación —contestó al fin Tor—. El lugar de tantas separaciones. De niño solía imaginar que se le partía el corazón de la pena —añadió, y siguió riéndose, pues ¿no eran libres ya, tras haber cumplido su penitencia, de volver a reír?

Echó otra mirada al periódico atrapado bajo su pie.

— Y cualquier muelle, Tor. Ese humo tan evanescente, tan parecido a la pena, al amor, a un sueño del mar. Ay, Dios, ojalá que... Pero ¡mira esto! El camino debía de parecerle tan fácil y derecho como ahora... ¿no crees?

— ¿Qué camino? —Tor se desternillaba—. ¿A quién? ¿Qué quieres decir?

— A él, por supuesto. —Sigbjørn miró el poste y añadió con impaciencia—: A aquel último ahorcado, naturalmente. ¿No parece facilísimo? Como si pudieras caminar hasta el Polo Norte en un día como hoy. Parece tan sencillo, tan lleno de paz... hasta tiene una especie de ambiente marino. ¿No ves los prados al fondo? Es como la calma que anuncia la tormenta en la línea del Ecuador...

— El monte Ararat. —Tor se encogió de hombros—. Lo siento, no se me va de la cabeza. Es lo más gracioso que he oído en mi vida.

Y se echó a reír otra vez, agachándose sobre el periódico arrugado. Sigbjørn señaló hacia el mar, más allá de las marismas.

—Mi alma gira como la aguja de la brújula, hacia el Polo.

—Falta de otra cosa, tener alma es de buena educación —dijo Tor, recayendo, como a veces le ocurría, en el inglés chapurreado de su juventud.

Sigbjørn seguía señalando a lo lejos, buscando el mar con los ojos más allá del mundo plano, plano como el mar gris que a mediodía hace soñar con los prados de su tierra al marinero relevado de la vigía. Ahora que su corazón se había remansado, podía volver a pensar en la sucesión de guardias, las interminables conversaciones concéntricas que reflejaban en un torrente de palabras su propia confusión, el deslomarse paleando carbón, el bamboleo y los bandazos del barco en el verde del océano y cuya sensación inmediata le había hecho vibrar en un éxtasis insoportable; pero esta embriaguez le estaba abandonando a la misma velocidad con la que a su alrededor el reflujó de una marea de sonidos era desplazado por el flujo de otra; y en cuanto comprendió cuál era su causa precisa, desapareció por completo. ¿Cómo romper el círculo del yo cuando planea la sombra del desastre? Supo que esa era la idea que habitaba en el corazón de ambos: cómo romper con el cerro donde estaban, romper el círculo cobarde y maldito del que ninguno de los dos había conseguido emerger.

Abajo, el farolero, a plena luz del día como Diógenes,⁶ encendía las farolas con su larga garrocha para hacer frente a la oscuridad que se avecinaba; pero ¿quién podía afirmar con certeza que se curvaría hacia ellos esa noche? Una ráfaga repentina agitó violentamente el pelo de la hierba;⁷ las sombras desfilaban ante

⁶ Alusión a Diógenes de Sinope, pintoresco filósofo cínico que, según cuentan, paseaba un día por las calles de Atenas llevando un candil encendido. «Busco a un hombre honrado y no lo encuentro», decía para explicar su extraña conducta. Platón lo llamaba «Sócrates delirante».

⁷ La imagen (*the hair of the grass*) parece remitir al poema de T.S. Eliot «Rhapsody on a Windy Night».

el sol y barrían el montículo en el que se encontraban: una de ellas, dolorosa, se demoró un momento, envolviéndolos como si fueran sus víctimas, y luego siguió galopando hacia el oeste.

—La oscuridad empieza a mediodía⁸ —fue el lacónico comentario de Tor entre risas.

—Como dicen los chinos. ¿O no son los chinos?

—Siempre hablas del mar —dijo Tor, recuperando al fin, temporalmente, la compostura—. Envidio tu sufrimiento. Por mucho que lo quieras negar, esa fue tu universidad. Venir aquí no te hacía ninguna falta.

Abajo dobló la campana de un reloj, cuatro o cinco veces; *doom, doom*,⁹ resonaban las campanadas propagándose como ondas sinusoidales que hacían inaudibles las impares. Más allá del reloj, destacaba sobre las nubes que viajaban presurosas la robusta torre de una iglesia caída en vertical, como si fuera el brazo alzado de Caín que se abatía a diario en alguna parte del mundo.

—Pero Erikson¹⁰ me arrebató el mar.

—Lo que dices hoy lo proclamarán mañana desde las azoteas¹¹ de todos modos; no puedes evitarlo. Ni siquiera Erikson pudo. Sin embargo, sacaste algo de esa experiencia, algo inmensamente valioso para ti, algo que yo necesitaba más que tú, y algo a lo que no diste ningún uso. Y ahora es demasiado tarde para mí.

—Hablas como si fueras un anciano. Todavía eres joven.

⁸ Sentencia extraída del *I Ching*: «El declive del sol comienza a mediodía, la luna empieza a menguar cuando está llena».

⁹ Aunque de sonoridad onomatopéyica, la palabra *doom* significa «fatalidad», «muerte» o «condena». Lowry hace «hablar» a la campana, un recurso que utiliza reiteradamente a lo largo de la novela.

¹⁰ Trasunto de Nordahl Grieg (1902-1943), escritor noruego próximo a los comunistas cuya novela de tema marinero *Skibet gaar videre* (*And the Ship Sails On*, en inglés) tuvo una gran influencia en Lowry, según él mismo reconoció, hasta el punto de afirmar que su *Ultramarina* era en buena medida un plagio de aquella.

¹¹ Alusión a Mateo, 10:27.

—¿No has leído aquello del anciano de veintiún años que alcanzó la mayoría de edad en la muerte?¹²

—Además, me parece que si alguien puede quejarse soy yo. Si hubieras pasado, como yo, por la experiencia de escribir un libro para descubrir luego que ya lo había escrito otro, y mejor que tú, entonces tendrías motivos para el fatalismo.

Y justo cuando empezaba a aligerarse la carga del desastre del *Thorstein* sobre sus hombros, la sustituía el antiguo y aplastante peso de este descubrimiento. Porque, en esto, la incapacidad de Sigbjørn para conectar le había hecho el más flaco de los servicios. Ocho meses como mozo carbonero¹³ de un buque de carga antes de entrar en la universidad, por mucho que le hubiera podido quemar, por mucho que pudiera haber sido (que por fuerza fuera) más revelador del orden social de lo que pueda expresarse con palabras, no le habían servido al parecer más que para convencerle de lo que ya sabía y todo el mundo sabe: que la vida era tan profunda e infinitamente terrible y misteriosa como el mar. Y cuando volvió, lleno de quemaduras, delgado, endurecido e insomne como estaba al principio, fue únicamente para descubrir que su hermano Tor, quedándose en casa, había alcanzado una mayor madurez que él. Y con la tensión de la absoluta incapacidad para comunicar su experiencia y, en consecuencia, de la necesidad cada vez más imperiosa de mentir al respecto, no tardó en caérsele la máscara de su aventura y se descubrió un rostro de rasgos más suaves aún que antes. Lo que le había impulsado a plasmar su experiencia en un libro no era que fuese un escritor nato, sino que se sintió obligado a conectar, a comunicarse de algún modo, aunque el intento estuviera abocado al fracaso. Esa era la salida. De lo contrario, nadie,

¹² Alusión a *Las encantadas*, de Herman Melville. En uno sus relatos, un teniente de la marina estadounidense muere en duelo a los veintiún años, «alcanzando la mayoría de edad en la muerte».

¹³ Los mozos carboneros debían desmenuzar el carbón, pasárselo a los fogoneros, palear la ceniza y tirarla por la borda. Además comían y dormían aparte. El suyo era el trabajo más sucio y peor pagado.

quizá ni él mismo, conocería jamás los sufrimientos que había soportado (y vaya si había tenido que sufrir) ni se haría la menor idea de aquellos de los que había sido testigo. Porque, de hecho, había encontrado en sí mismo motivos similares a los que habían disuadido a Tor de acompañarlo cuando se presentó la ocasión en su propia reticencia a consagrarse por completo a los trabajadores. Un libro habría sido el medio para tender un puente. Pero la inviabilidad de esa salida al atoladero se le había revelado con toda crueldad. Descubrir que tu libro ya lo ha escrito mejor otra persona es una experiencia siniestra incluso para quien carece de talento.

—El fatalismo me embarga sin necesidad de tanto —contestó Tor—. Nunca he escrito un libro ni lo escribiré. Ni quiero. Y tu experiencia no es más que una iteración interesante de un proceso eterno. Pero deberías ponerte en contacto con Erikson de igual manera.

—Había pensado en enrolarme en un mercante noruego estas vacaciones y convertir *Skibets reise fra Kristiania*¹⁴ en una obra de teatro durante mis guardias. Pero ¿me puedes explicar por qué siempre que pienso en Noruega, pienso a la vez en Rusia?

—¿No será acaso que para nosotros Rusia es el futuro y Noruega, el pasado?

—¿El futuro? ¿Los próximos mil años ubicados bajo el signo de la cristiandad de Dostoievski?¹⁵

—Eso es una sandez spengleriana¹⁶ de la peor especie. Bajo el signo de Rusia tal vez, pero el de Dostoievski...

Sus miradas volvieron a perderse más allá de las marismas y los prados, de las renegridas gavillas de maíz, la triste cosecha

¹⁴ «El viaje del barco desde Cristianía»; Cristianía es el antiguo nombre de la actual Oslo.

¹⁵ En la década de 1930, antes de que se conocieran las atrocidades de Stalin, muchos intelectuales salidos de Cambridge apoyaban a la Unión Soviética. «Los próximos mil años», sin embargo, aluden a la retórica del Tercer Reich.

¹⁶ Por Oswald Spengler (1880-1936), cuya obra *La decadencia de Occidente* describe la evolución cíclica de las sociedades desde la juventud a la decadencia. Europa se hallaría, según él, agonizando.

de aquel año, en la distancia en que el río Cam culebreaba entre los álamos y sauces que crecían en los pantanales.

—¡El pasado! ¿Recuerdas nuestras vías subterráneas, Tor, nuestro Holmenkollen,¹⁷ allá en casa, en Noruega? ¿Qué supones que andábamos buscando en el hueco de aquel viejo pozo de ventilación?

—La piedra filosofal, quizá. O la cuadratura del círculo.

—El absoluto.

—Lo que siempre me ha admirado, en cualquier caso, es que saliéramos con vida cuando se derrumbó.

¡Noruega! Cambridge, las marismas y más allá, en el corazón, el mundo con su millón de barcos y sus chimeneas gigantes parecía alejarse más y más; la gente, los árboles, las aguas y un centenar de distracciones de la memoria simulaban desvanecerse al evocar ese origen único de los dos. ¡Tenían que volver! Pero en aquel instante a Sigbjørn se le apareció en la mente la ciudad de Arcángel,¹⁸ chata y sombría, con kilómetros de maderos apilados a lo largo de los muelles.

—¿Vendrías de vuelta a Noruega, Tor?

—¿Por qué habría de volver? ¿Por qué vuelves o vas a cualquier sitio más que para regresar a casa otra vez?

Sigbjørn no dijo nada.

Ahora los remeros volvían de Chesterton, el río transitaba a través de la ciudad; y mientras una solitaria gaviota sin tierra¹⁹ se alejaba sobre las marismas, él sintió el poder del agua al fluir a través del espíritu de todas esas cosas, del agua buscando el mar en todas partes, como dicen que el alma busca a Brahma.

El sol siguió girando ante ellos un rato más como mil aros en llamas. Luego empezó a declinar y su fiera luz se suavizó; el día

¹⁷ Hollmenkollen es un distrito situado al oeste de Oslo. Dio nombre a la primera línea férrea de Noruega, subterránea en algún tramo.

¹⁸ El mayor puerto del Mar Blanco, en la desembocadura del río Dviná, en Rusia. Es el puerto más septentrional que permanece todo el año libre de hielo gracias a la Corriente del Golfo.

¹⁹ La imagen aparece en el capítulo XIV de *Moby Dick*.

se fue acortando sobre la llanura con sus mansas olas de tierra, las menudas dunas que eran el sello del mar y los pequeños lagos, ojos del mar,²⁰ y sobre el agua que circulaba invisible por allí, hilvanándolo todo con un hilo gris: los bosques, las aldeas y la tierra, roturada y parda a su vez como el agua revuelta por las paletas de un vapor.

Con la última luz, Sigbjørn señaló:

— Fíjate, Tor, lo recto y despejado que debía de parecer el camino. ¿Crees que aquel último ahorcado vio extenderse la senda ante sus ojos, que aunque sabía que su cuerpo pronto estaría columpiándose en el aire...?

— ... su alma seguiría su marcha — remató Tor entre risas.

— Sí, su alma seguiría, arrastrándose, en cuclillas, doblada por sus caminatas interminables como el judío errante...²¹

— Puede que, como al ahorcado del tarot, le colgaran boca abajo. Un castigo de antaño. Vio la verdad.²²

— O quizá se vio a sí mismo.

— El asesino cantante²³ conservó la alegría hasta el final — dijo Tor —, es un hecho. Ayer mismo lo leí en un periódico norteamericano en Londres. ¿Sabes? ¡De irme a algún sitio, sería a América!

— Pero ¿qué es eso del asesino cantante?

Tor se pasó la mano por el pelo.

²⁰ La imagen aparece en el poema de Rimbaud «El barco ebrio».

²¹ Según una leyenda medieval, individuo condenado a vagar por el mundo hasta el fin de los tiempos por haber impedido que Jesús descansara en la puerta de su casa cuando el mesías arrastraba la cruz camino del Calvario.

²² Un tratado de Ouspenski de 1913 sobre el simbolismo del tarot describe la carta XII como «un hombre que sufre horriblemente, colgado de una pierna, cabeza abajo... Un hombre que ha visto la verdad... En su propia alma aparece el patíbulo del que cuelga».

²³ Louis Kenneth Neu, ahorcado por asesinato en Nueva Orleans el 1 de febrero de 1935. Neu quería ser cantante. Cantaba en su celda, donde compuso una canción fúnebre que entonó mientras le ajustaban la soga al cuello: *I'm fit as a fiddle and ready to hang* («Estoy como una rosa y listo para colgar»). Sus últimas palabras fueron: «No me despeinéis».

—Impecablemente vestido, cabello negro y reluciente, meticoloso en sus preparativos para la muerte, etcétera.

—¡No seas tan necio!

—Sin dejar de cantar, y luego de rezar, estuvo atento a los detalles hasta que cayó por el hueco de la trampa; y en el momento de pisarla...

—Anda, vamos, tendríamos que ir tirando —dijo Sigbjørn, impaciente.

—Y en el momento de pisarla... —prosiguió Tor, y ejecutó un pequeño baile— la probó con media docena de leves pasos de claqué.

Tor bailaba con ademán grave una especie de danza de la muerte sobre el montículo, girando lentamente, levantando con los pies nubecillas de polvo.

—El zapateado de la muerte —sentenció.

Dejó de bailar y liberó con el bastón el periódico atrapado en el poste, que se alejó flotando. Como un alma perdida, el pobre papel revoloteó indeciso en el aire durante unos instantes antes de perderse por la fría orilla de las casas.

Sigbjørn se arrebujo la toga, pero aún se demoraron un momento, esperando como el grumete en lo alto del mástil a que se pusiera el sol.

—Desde que se hundió el *Thorstein* —dijo Sigbjørn— tengo unas pesadillas horribles. Soñé que ahorcaban a un tipo en la nieve; al verdugo le temblaban los dedos, el capuchón salía volando y se alejaba por la nieve, y él salía trastabillando detrás.

—Como un hombre en busca de su alma —dijo Tor, y se puso su toga negra.²⁴

—Y otra noche soñé con las hermanas de Le Mans.²⁵ A una la ahorcaban de un manzano; tenía las extremidades partidas, y al árbol se le partían las ramas.

²⁴ Los estudiantes estaban obligados a vestir la toga en la ciudad después de la puesta de sol. Aquí, la toga negra evoca además la indumentaria del verdugo.

²⁵ Christine y Lea Papin, sirvientas francesas condenadas en 1933 por asesinar a la mujer y a la hija de su amo. Las dos hermanas inspirarían la obra *Las criadas* de Jean Genet.

—Y luego está Pink, el poeta —dijo Tor—. «Estoy todo lo muerto que llegaré a estar», le dijo al doctor Styx mientras él le descolgaba de la viga.²⁶

—Y el asesino que dijo un lunes mientras le conducían al patíbulo: «La semana empieza bien».²⁷

Ya era de noche. Rompieron a reír; ¿de dónde salía todo aquello? Tor empezó a andar ladera abajo, riéndose aún, hundiendo los talones en la tierra.

Sigbjørn echó a correr tras él.

²⁶ Dos personajes del poema «Amaranth» de E. A. Robinson. Pink, un poeta sin talento, acaba por ahorcarse de una viga. Ya muerto, sin embargo, abre los ojos y responde cuando le preguntan si está vivo: *I am as dead as I shall ever be, / [...] and that's as near as a physician / Requires to know.*

²⁷ Esto procede del ensayo de Freud *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1922), donde figura como ejemplo del «humor patibulario».